Alice Kellen

La teoría de los archipiélagos

Planeta

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2022, Alice Kellen
Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S. L.

© 2022, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la portada: Ana Gómez García
© Ilustraciones del interior: Ana Gómez García

Primera edición impresa en España: noviembre de 2022
ISBN: 978-84-08-26438-5

Primera edición impresa en México: enero de 2023
ISBN: 978-607-07-9552-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso en México – *Printed in Mexico*

PRIMAVERA, 2018

Todo ha cambiado, aunque Martín no está seguro de que sus recuerdos sean fieles, porque han pasado casi cuarenta años desde que llegó al pueblo en mitad de una tormenta y subido a un destartalado Ford blanco que pedía a gritos una muerte digna.

Ahora, las calles lo reciben silenciosas. No lo reconocen. No saben quién es. Pensarán que se trata de un forastero más que desea alejarse del ruido de la ciudad, pero lo que busca el hombre de setenta y dos años que acaba de parar delante del hostal es un amor perdido. Todavía no está seguro de cómo empezar a buscarlo; al fin y al cabo, no se trata de un *calcetín* o de un antiguo cromo. Y no va a ser tan sencillo dar con esa persona, porque lo que le interesa no es un cuerpo, sino descubrir si todo lo que ambos entretejieron, esa historia efímera pero profunda, ha sobrevivido después de tantas décadas.

A Martín también lo azotan otras dudas que siempre arrastra el paso del tiempo, por eso tiene miedo. Tiene tanto miedo que no está seguro de que las manos agarrotadas se deban tan solo a la artrosis. La pregunta que ha flotado a su alrededor durante todo el trayecto desde Madrid hasta Valencia es: ¿seguirá latiendo ese corazón que tanto echa de menos o se paró un día cualquiera y el vínculo que los unía estaba tan desgastado que él ni siquiera lo notó? Quizá estaba tomándose un café en el bar del barrio o leyendo las noticias en el periódico, incapaz de percibir que aquello había ocurrido.

Sea como sea, necesita averiguarlo.

Martín está convencido de que un inflexible reloj que nadie más puede ver lo acompaña a todas partes desde hace unos años, y el tic, tac, tic, tac no lo deja dormir tranquilo. Sabe que el tiempo corre en su contra. Sabe que es su última oportunidad. Y sabe que necesita tener una conversación más con su antiguo amor antes de despedirse de este mundo.

La dueña del hostal le dice que quedan dos habitaciones libres.

—¿En qué se diferencian?

—La ventana de la habitación doble da a la calle principal; además, es más grande y tiene una zona de estar con una cafetera e infusiones.

—Me quedaré con esa.

—¿Cuántas noches estará?

—Todavía no lo he decidido.

La mujer le dirige una mirada curiosa, pero es evidente

que tras años regentando aquel hostal domina el arte de no hacer preguntas incómodas.

—De acuerdo. Bastará con que pague cada noche con veinticuatro horas de antelación —dice mientras Martín saca unos cuantos billetes y los deja sobre el mostrador de madera envejecida—. Tenga, esta es la llave de la habitación.

Después, tarda una eternidad en subir hasta el segundo piso: un escalón, otro y otro más, cualquiera diría que no se acaban nunca. Al entrar, deja la maleta sobre la alfombra, que tiene un diseño floreado que parece fundirse con el estampado del edredón que cubre la cama. Martín abre las ventanas, respira el aire cálido primaveral y luego empieza a deshacer el equipaje. No ha traído gran cosa, tan solo unas cuantas camisas lisas de algodón, pantalones de pana, que su nieta insiste en que están pasados de moda, un sombrero de paja que nunca ha usado en Madrid, algunos libros que años atrás se prometió releer, varias fotografías dentro de la cartera, sus medicinas y, lo más importante, un cuaderno de dibujo antiguo con las páginas amarillentas.

A algunas personas les da por aferrarse a cosas materiales conforme se hacen mayores y, sin embargo, a él le ha ocurrido todo lo contrario: respeta la fascinación que los objetos despiertan en el alma, pero dejó de darles valor cuando comprendió que nada de eso podría hacerlo feliz. Martín considera que hay dos tipos de felicidad: la de los pequeños

momentos, ordinariamente asequible, y la plena, pura e inmensa, un bienestar tan hondo que es capaz de emborrachar hasta el delirio.

Una vez, él se sintió así.

Pero no cree que pueda repetirse, porque ese tipo de felicidad es como ver una estrella fugaz en una noche nublada o perder un botón en la calle y encontrarlo días después.

Antes de salir de la habitación, mira su teléfono y no le sorprende descubrir que no hay ninguna llamada. Sus hijos siempre están ocupados corriendo a todas partes, como le pasa a la gente joven, y sus dos nietas tienen mejores cosas que hacer que perder el tiempo hablando con un anciano como él. En una ocasión, la más pequeña hizo un trabajo para el instituto que tituló «Mi abuelo Martín», y durante varias tardes merendaron churros con chocolate en una cafetería de Lavapiés y charlaron durante horas. Cuando terminaron, ella le aseguró que lo había disfrutado y que deberían repetir el plan una vez a la semana, pero la intención cayó en el olvido y él no quiso recordárselo para no molestarla.

Martín se siente como si fuese un puñado de azúcar disolviéndose en café caliente. Cree que todo él va desapareciendo conforme envejece. En las últimas décadas ha desaparecido la fuerza que tenía en las piernas y en los brazos; han desaparecido recuerdos, objetos que un día le importaron y la emoción de alcanzar metas; ha desaparecido incluso la percepción que tenía del tiempo y del espacio, como si todo se hubiese ralentizado.

Se ha vuelto invisible, incluso para sus allegados.

Pese al dolor, Martín lo entiende porque él también fue joven y recuerda la sensación de pensar que el mundo era un lugar burbujeante y lleno de estímulos.

Sin embargo, le hubiese gustado comer más churros con chocolate junto a su nieta, sí. Y quizá seguir desgranando con ella retazos de su vida hasta dejar atrás lo superfluo y llegar más abajo, más, para tocar la afilada verdad. Esa verdad que tan solo conoce otra persona y que tiene que ver con una historia de amor y desamor, tan dulce como el almíbar y tan amarga como todas las despedidas.

VERANO, 1980

Dentro de su viejo Ford blanco, Martín se inclinó y entornó los ojos para intentar ver algo en medio de la tormenta que se había desatado instantes antes de tomar el desvío que conducía hacia el pueblo. Los limpiaparabrisas se movían con rapidez, pero no era suficiente para ganarles la batalla a las gruesas gotas de lluvia.

—Mierda. —Soltó un suspiro y frenó a un lado de la carretera.

Sacó el mapa de la guantera y lo abrió sobre el volante. No tenía ni idea de dónde estaba, aunque las indicaciones de su jefe habían sido precisas: «En cuanto entres en el pueblo, gira a la derecha, sigue recto y en el tercer cruce te desvías hacia la izquierda. La casa está en el número 17, tiene un buzón de color verde».

Llevaba un rato dando vueltas sin ver ningún maldito buzón verde. Al final, gruñendo por lo bajo, se peleó ton-

tamente con el mapa, lo tiró en el asiento de al lado y bajó del coche. No llevaba paraguas. Corrió hasta el bar de la esquina y unas campanillas tintinearon cuando abrió la puerta. Varios pares de ojos se posaron en él y seguro que tardaron menos de un segundo en deducir que aquel no era su sitio. No se equivocaban. Martín se apartó el pelo húmedo de la frente, se acercó a la barra y pidió una gaseosa. Después, abordó al camarero de rostro enjuto que lo miraba con desconfianza:

—Busco la casa de Álvaro Ugarte, quizá lo conozca. Es mi jefe. Me dio instrucciones para encontrarla, pero con esta lluvia...

—La tienes al final de la calle. La gaseosa son cuarenta pesetas.

Martín le dio las gracias, se terminó el refresco y salió de allí con la esperanza de no tener que volver. Nunca le habían gustado los pueblos pequeños porque tenía la sensación de que sus gentes lo juzgaban con condescendencia por ser incapaz de deducir el tiempo que haría al día siguiente solo con mirar al cielo o de adivinar qué hortalizas debían plantarse en primavera o en otoño. Él era un hombre de ciudad, siempre lo había sido. Le gustaba el ruido de fondo, ese ronroneo del tráfico, la gente y las persianas de los establecimientos al abrir de buena mañana. Y en sus ratos libres disfrutaba acudiendo al teatro o visitando algún museo, nada de quemar las tardes jugando a las cartas en una taberna hablando de fútbol o criticando a los políticos sin tener ni idea del tema.

La casa lo acogió en su silencio cuando logró entrar.

Tal como le había prometido su jefe, era un lugar pequeño y tranquilo. Las gruesas paredes pintadas de un blanco calizo protegían dos dormitorios, un agradable salón sin televisor y una cocina de azulejos rectangulares con la cenefa de unas naranjas.

Se sacó el paquete de tabaco del bolsillo de los pantalones y se encendió un cigarrillo. Fuera, la lluvia seguía cayendo con furia, como si estuviese cabreada. «Quizá tanto como Candela», pensó él. Sí, sí. Candela caería así sobre él si pudiese convertirse en agua, aunque ni siquiera sabía en qué se había equivocado y quizá eso era lo peor de todo. «Es tu actitud en general —solía decirle ella—, no tienes ambiciones, no avanzas, no te arriesgas.»

Expulsó el humo con desgana y miró alrededor.

Corría el año 1980 y su jefe había sido muy considerado al prestarle aquella casa, que heredó de una tía lejana, para que Martín pudiese terminar el último proyecto que le había encargado la editorial. La idea era sencilla: una enciclopedia botánica con plantas y flores dibujadas a lápiz y destinada a todos los públicos, nada demasiado técnico. Martín llevaba tiempo recopilando información y su única tarea durante los próximos dos meses de verano era pasarlo todo a limpio para poder entregarlo en setiembre. En teoría, era fácil, nada que no hubiese hecho antes, pero estaba descentrado y el tiempo se le echaba encima.

—Déjame ver lo que tienes —le pidió Álvaro semanas atrás.

—Es que todavía no he empezado la última versión...

—¿A estas alturas? Entregamos a imprenta a finales de verano. —Su jefe le dirigió una mirada perspicaz mientras el ajetreo de la oficina seguía su curso; la editorial, pequeña y casi desconocida, estaba lejos de ser un lugar sofisticado—. ¿Qué te está ocurriendo? ¿Tienes problemas en casa? ¿Es eso? Vamos, muchacho, puedes contármelo.

A pesar de que llevaban años trabajando juntos, nunca habían traspasado esa delgada línea que separa el compañerismo de la amistad. Y aunque hubiese sido el caso, Martín no tenía nada que decir porque ni siquiera él sabía qué le pasaba. Se sentía... inquieto, sí. Casi incómodo en su propia piel. Quizá más irritable de lo habitual.

—Será que me aturde el calor del verano en Madrid. Mire, intentaré traer los primeros capítulos dentro de unas semanas, tan solo deme algo más de tiempo.

—Tengo una idea mejor: coge tus apuntes, la máquina de escribir y las llaves de la casa que tengo en un pueblo de Valencia. La única condición es que termines a tiempo. Si te quedas aquí, poco harás estos meses con los críos de vacaciones.

Aún le sorprendía haber aceptado, pero tomó la decisión en cuanto regresó a casa y Candela y él comenzaron a discutir por quién sabe qué. Cada vez ocurría con más frecuencia, cuando no era porque iban justos de dinero surgía algún otro problema. Y en la mente de Martín revoloteaba un pensamiento angustioso: «Nunca podré hacerla feliz». No importaba cuánto se esforzase, porque sería insuficiente. Compartían momentos buenos, claro, picos altísimos que solo provocaban que después la caída

fuese más grande. A su lado, Martín se sentía un inútil, y una vocecita le gritaba que estaba defectuoso.

«Deberías aspirar a más», insistía ella. Y él entendía que quisiese un coche mejor y que los niños fuesen a un colegio más prestigioso y que pudiesen comprarse la ropa en la *boutique* más elegante del barrio y que acudiesen a ese supermercado de frutas brillantes en lugar de a la tienda de la esquina, regentada por Josefa, y que pudiesen cenar en restaurantes caros con velas titilantes y que el cielo fuese más azul y los pájaros cantasen mejor y cada día saliese el arco iris y...

«Más, más, siempre más.»

PRIMAVERA, 2018

Desde que se jubiló, pasear se había convertido en el pasatiempo favorito de Martín. Resulta que uno puede descubrir muchas cosas cuando camina sin rumbo fijo y nadie lo está esperando para comer o para que fiche al entrar al trabajo. De pronto, sus pies ya no corren para llegar a ninguna parte, y el tiempo se dilata y se expande como si fuese de goma. Nada lo distrae, así que se fija en que ha desaparecido la tienda de ultramarinos que había en la plaza de suelo adoquinado, también percibe que han pintado la iglesia de blanco hace bien poco y que debieron de renovar la campana años atrás, porque él la recordaba deslucida y pequeña; hay más semáforos, un establecimiento con el escaparate lleno de bicicletas brillantes y, al lado, una papelería que antes no existía.

Lo deja todo atrás y sigue caminando hacia las afueras del pueblo.

El aire huele a romero, al humo de la chimenea del bar y a la primavera que se abre a su alrededor sin atisbo de timidez. Inspira hondo como si desease cazar el familiar aroma y, poco después, allá a lo lejos, distingue las tejas rojizas de la casa.

«Casa.» Cuatro letras, un refugio para el alma. Él consideró que aquella lo era a pesar de no ser suya, porque allí se sintió joven y hombre y viejo, todo al mismo tiempo, como si su existencia se condensase en los meses de verano que pasaron juntos.

Ni siquiera es consciente de que camina cada vez más despacio, pero lo hace. «Puede que me siga faltando valor», piensa cuando se encuentra cerca, y se pregunta si debería dar media vuelta y largarse. Pero no lo hace. Tan solo se limita a observar la propiedad para intentar deducir si habrá cambiado de dueño. La puerta de madera está deslucida y en la terraza hay sillas y una mesa con varios botes de cristal que parecen preparados para hacer conservas. Cerca, una enredadera trepa por el lateral y se distinguen salpicaduras de color en el camino que conduce hacia la parte trasera. Flores. Son flores. Hay pocas, eso sí, pero las suficientes para que Martín quiera llorar de felicidad, porque distingue los narcisos asomando y entonces sabe que está allí.

Él sigue vivo.

Él aún es real.

Continúa sin tener timbre, así que Martín golpea la puerta con fuerza y espera, espera, espera. Le tiemblan las rodillas. «Maldito cuerpo

inútil», piensa. Los huesos y los músculos ya no son capaces de disimular las emociones como lo hacían antaño.

La puerta se abre con un molesto crujido.

—Sea lo que sea que hayas venido a venderme, no me interesa, así que no pierdas el tiempo y ve a molestar al vecino —refunfuña la voz ronca de aquel hombre delgado de piel aceitunada y ojos azules que parecen esconderse entre las arrugas de su rostro.

—Isaac...

El aludido alza la vista cuando comprende que no tiene delante a un comercial ni nada parecido, sino a alguien que lo conoce bien, quizá mejor de lo que nadie lo hizo nunca. Entonces, sus miradas se encuentran. Y dos corazones aceleran el ritmo. Una mandíbula se tensa. Unas manos adquieren rigidez. Y una puerta se cierra de golpe.

Martín tarda unos instantes en asimilar el rechazo.

«¿Y ahora qué?», se pregunta con desesperación. Ha sido rudo, pero no puede decir que esté sorprendido. Lo esperaba. Por eso se dice: «Inténtalo otra vez».

Vuelve a llamar, pero nadie responde. Sin embargo, sabe que él está ahí, es probable que ni siquiera se haya alejado de esa puerta que los separa mientras los recuerdos flotan alrededor. Isaac siempre fue el más impulsivo de los dos. Y el más visceral. Y el más tajante. Y el más transparente. Quizá por eso encajó tan bien con la tibieza de Martín.

—¡Vamos, abre la puerta! —le grita, espera y, al ver que no da resultado, opta por pellizcarle donde sabe que

más le dolerá—. ¿Te has convertido en uno de esos viejos cascarrabias? Mira tú por dónde, eso sí que no me lo esperaba...

El crujido suena más brusco en esta ocasión. Isaac estira los hombros para evitar mostrarse encorvado y mira a Martín con descaro, casi desafiante. Parece que quiera decirle: «Aquí estoy, aquí me tienes, porque a diferencia de ti nunca he sido un cobarde».

—¿Qué quieres?

—Verte, es evidente.

—Ya lo has hecho, así que...

—Espera. —Martín apoya la mano huesuda en el marco de la puerta—. Sé que debería haberte avisado antes de venir, pero imaginaba que entonces no tendría ninguna oportunidad. Esto tampoco es fácil para mí después de todo este tiempo..., todo lo que...

—Treinta y ocho años —lo corta Isaac.

—¿Tanto? Pues tienes buen aspecto.

Isaac frunce el ceño en respuesta a la broma.

—¿Para qué has venido? —insiste.

Martín coge aire. Se le ocurren docenas de razones que podrían explicar que en estos momentos se encuentre delante de ese hombre. Podría decirle: «He venido porque fuiste aquello que nunca pude tener y los anhelos negados son espinas en el alma». O: «He venido porque te quise y, con los años, se empequeñecen los sueños, pero no los amores». Incluso: «He venido porque tú y yo seguimos siendo tú y yo».

Pero, en cambio, tan solo es capaz de decir:

—Me encantaría que pudiésemos... charlar.

—Charlar —repite Isaac. Y es muy curioso, pero sigue teniendo el don de imprimir en una palabra emociones complejísimas. Quizá sea el tono o el regusto amargo final, pero Martín puede distinguir una profunda decepción entre la ce y la erre.

—Sí. Estaría bien, por los viejos tiempos.

Isaac le dirige una mirada cargada de ironía.

—¿Te has planteado apuntarte a los viajes del Imserso? He oído que son baratos, y Benidorm es un destino agradable para principios de verano.

—¿A qué viene eso? —pregunta Martín.

—Porque ahí podrás encontrar a gente a la que le apetezca charlar.

Después le cierra la puerta en las narices. Y entonces sí, oye sus pasos alejándose sin detenerse. Martín se queda ahí parado, sin saber qué hacer, y al final decide que no importa, no, no importa, tiene tiempo. Tras toda una vida, ¿qué suponen unos cuantos días más? Así que toma aire y se gira. Entonces vuelve a fijarse en los narcisos, se acerca con paso renqueante y arranca una de las flores.

«Chúpate esa, Isaac. Una pequeña venganza.»

Luego, se marcha sin dejar de sonreír.